SIMPATIAS Y DIFERENCIAS

"Perdida en las oleadas de lava volcánica; ligada al suelo, vibrante en la sangre india, hay en México la realidad mágica de una cultura que con facilidad puede encenderse nuevamente." Con este epígrafe de Antonin Artaud se inicia *Les poésies mexicaines*, un volumen de 320 páginas que ha reunido Jean-Clarence Lambert para las ediciones Seghers de París.

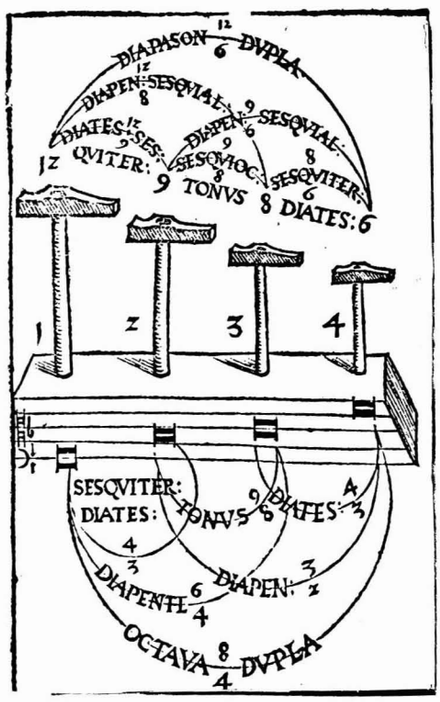
En el prefacio aclara Lambert: "La obra ofrece dos grandes divisiones: primero la poesía indígena precortesiana, luego la poesía que continúa el siglo XVI, cuando fue impuesto a México el español, esa lengua de otro planeta. Con todo, esta primera división resultó insuficiente y la pluralidad de las poesías mexicanas exigió fraccionarlas en adelante..." "La poesía del México antiguo encarna en dos idiomas principales, absolutamente extraños uno del otro: el maya y el náhuatl. Las cronologías aproximadas otorgan antigüedad a los mayas. El náhuatl se impuso con el imperio azteca. Pero los aztecas provenían de una civilización indefinida llamada tolteca que en alguna época se fundió con el crisol de los mayas."

La lírica y la épica náhuatl están representadas en este libro por nueve himnos y cantos rituales; cinco fragmentos del poema de Quetzalcóatl y cuatro del poema de Netzahualcóyotl; diez composiciones heroicas y catorce líricas; dos enigmas o epigramas; tres *icnocuícatl* (cantos tristes) que lamentan la caída de Tenochtitlán. Las selecciones de poesía maya se tomaron del *Popol Vuh*, los *Anales de los Cakchiqueles*, el *Rabinal-Achi* y el *Chilam Balam*. Lambert reconoce ampliamente los méritos del padre Garibay, quien en su *Historia de la literatura náhuatl* reveló muchos de los poemas que hoy aparecen en francés.

Mathilde Pomés (que acaba de traducir *Al filo del agua*, la gran novela de Agustín Yáñez) y Guy Levis-Mano han vertido la porción correspondiente a la poesía colonial (Balbuena, Guevara, Sandoval y Zapata, la *Cena junto al Manzanares* de Alarcón, sonetos, villancicos y parte del *Primer sueño* de Sor Juana. Los siglos XVIII y XIX están ausentes de esta antología. Lambert cree con J. M. Cohen que la poesía española de ese tiempo no contiene nada que no haya sido mejor hecho en Francia, en Inglaterra o en Italia, y descargado de nombres nada le cuesta iniciar nuestra poesía contemporánea con Manuel José Othón y proseguirla con Díaz Mirón, Nervo, González Martínez, López Velarde, Tablada, Reyes, Villaurrutia, Torres Bodet, Gorostiza, Novo, Paz, Chumacero y Arreola. *Les poésies mexicaines* incluye en el capítulo *Voces nuevas* a los jóvenes que ahora inician su plenitud: Rosario Castellanos, Jaime García Terrés, Jaime Sabines y Marco Antonio Montes de Oca. La poesía popular deja cuatro corridos —de extraña resonancia en la versión francesa—: Madero, Zapata, Villa y los combates de Celaya.

Por encima de sus omisiones (¿cómo pueden faltar Gutiérrez Nájera y Urbina, renovadores que modificaron la opaca tradición?, ¿es justo desligar de entre los jóvenes a Rubén Bonifaz Nuño?), este libro señala, una vez más, que nuestra literatura ha roto el aislamiento y encuentra su verdadero sitio en la expresión de hoy. Muestra, asimismo, el reconocimiento que tiene en Europa nuestro mayor poeta, Octavio Paz. Actualmente —escribió Lambert— Paz es sin disputa uno de los poetas más importantes en lengua castellana y su resplandor ha trascendido, después de algunos años, las fronteras mexicanas.

La *Revista Mexicana de Literatura*, que al lado de los *Cuadernos del Viento* ha reunido a los escritores de la más reciente generación, dedica un número especial a una seria y rigurosa radiografía de la censura. Colaboran: Tomás Segovia ("Diré en conclusión que no sé cómo podría concebirse una censura aceptable, ni tampoco si algún día podrá suprimirse totalmente. Pero sí creo que esa supresión supondría una sociedad mucho más sana y justa"); Miguel González Avelar ("La garantía constitucional que consagra la libre manifestación de las ideas, es apenas un derecho; pero hay que pelear por él sin descanso porque cada libertad es un camino que conduce, por su lado, a la libertad entera"); Jaime García Terrés ("Lo primero es estar en guardia. Y oponer a la seducción sistemática de la mentira organizada, del mercantilismo operante, nuestra propia libertad, nuestro buen juicio, nuestra dignidad de ciudadanos y hombres libres. Lo demás quizá vendría por añadidura"); Manuel Elizondo ("En general, la censura se establece como el esfuerzo de un organismo por no quebrarse en la angustia con su inmadurez y por no romper con la realidad en que vive"); Emilio Carballido ("La censura mexicana es un ejemplo de cómo un gobierno constitucional, laico y dentro de la más atinada izquierda, puede contar con un sistema de censura que envidiarían en la España de Franco, en el Santo Domingo de los Trujillos, o en el mismo Vaticano del Papa"); Luisa Josefina Hernández ("Esta censura no desea moralizar un pueblo en sentido amplio, no desea tocar los resortes positivos y saludables que están en el alma de todos los hombres; lo que busca es conservar la apariencia de la moralidad; no le interesa la corrupción interior y la protege para sus fines particulares"); José de la Colina ("Cuando no se posee una mente capaz de captar tales sutilezas, es fácil prohibir una película que no sólo no es inmoral sino que es *esencialmente moral*, mientras se permite la exhibición de films cuya moralidad es innenarrable, por ejemplo los celuloides militaristas que exaltan un hecho tan monstruoso como el sacrificio del hombre concreto a una idea abstracta como la patria"); Arnaldo Orfila Reynal ("Es estúpido pretender que con la censura se pueda detener una corriente ideológica, ocultar un proceso político, evitar la lucha que el pensamiento puede librar contra formas caducas, regresivas, impuestas por un régimen político o social"); Alexandro ("*No puede haber arte sin libertad de investigación*, mucho menos arte teatral, ya que en esta creación se agrega el factor público, colaborador inseparable del espectáculo"). Mediante estas frases, desligadas de su contexto, no es posible formarse una idea aproximada de lo que significa el lúcido enjuiciamiento que han hecho nuestros intelectuales. El número se completa con un artículo sobre la censura en España (que merecería ser comentado aparte), una entrevista de Jorge Ibargüengoitia con el ingeniero Núñez de "La Legión Mexicana de la Decencia", y una encuesta de Rita Murúa entre algunos periodistas de la "gran prensa" y de la "prensa independiente". A manera de apéndice, se incluyen un texto de Henry Miller (*La obscenidad y la ley de la reflexión*), la sentencia del juez Woolsey que levantó la prohibición al *Ulysses*, y los documentos que Baudelaire dio a su abogado durante el proceso de *Les fleurs du mal*. En la imposibilidad de comentarlo, dejamos constancia de este número excepcional de la *Revista Mexicana de Literatura*.



I must speak the thruth, and nothing but the truth. Sería soberbia no mencionar en esta página las palabras que desbocó un apunte sobre Enrique Larreta (*Simpatías y Diferencias*, agosto de 1961). En *México en la Cultura* Max Aub reprendió afectuosamente y llamó "crítico" a quien, autor de simples comentarios, no pretende ni ejerce tal actividad. "*La gloria de don Ramiro* es una novela sin más interés que su afán artístico sin lograr... ¿Cómo es posible que le guste esta clase de literatura? ¿Por qué oscuros caminos este pastiche, esta copia académica le parece bien? Reconozco mi asombro, mi ignorancia. La fama embalsamó a Larreta; pero me pasma que tantos o tan pocos años después un joven de buena salud le salude tan bajo. Normal que lo inciense Max Henríquez Ureña, pero que lo haga José Emilio Pacheco, a más de incomprensible es peligroso (para él, se entiende). Sabemos, ahora, que corriendo más aprisa sí amanece más temprano. Ahora bien, con la edad se descubre que la prisa es mala para todo. José Emilio Pacheco es demasiado joven para dictaminar sobre cuanto le salga por delante..." *And yet, and yet.* El artículo contiene varios juicios sobre Larreta que no quisiera transcribir. Lamento que mi afán por recordar al novelista argentino haya causado esta necrofagia.

La crítica de la crítica-crítica no se detiene allí. En los *Cuadernos del Viento* Carlos Valdés y Huberto Batis comentaron el incidente aludiendo a mi "prolífica audacia" e injuriando a Larreta: "*La gloria de don Ramiro*, fétido bodrio del tardíamente fallecido Enrique Larreta." Ya que por vez primera me he consentido hablar en nombre propio, mi réplica, mi único deseo es que después de los años, cuando hayan trabajado y vivido lo que Larreta, mis amigos no terminen bajo sus libros y su vida con epitafios semejantes. Aunque, *Time present and time past are both perhaps present in time future.*

—J. E. P.